

Don Eugenio Garza Sada

Nada pareció demasiado al celo y a la diligencia de Don Eugenio Garza Sada respecto al cumplimiento de sus responsabilidades con su ciudad y con su país. Y estas responsabilidades fueron muchas, todas ellas derivadas del liderazgo que como empresario y como ciudadano le tocó asumir desde su más temprana madurez hasta el momento de su muerte, a los 81 años de edad.

Hijo segundo de don Isaac Garza –uno de los principales constructores del Monterrey industrial, cofundador de la Cervecería Cuauhtémoc- y de doña Consuelo Sada de Garza – también de importante linaje empresarial-, a don Eugenio le tocó vivir su niñez bajo el ejemplo de aquella primera generación de hombres esforzados, tenaces y valerosos que se habían empeñado desde Monterrey en condicionar el desarrollo de México al arraigo y florecimiento en éste de la actividad industrial.

En tal medio, lleno de riesgos y problemas; pero también de tezón y de optimismo, aprendió las lecciones de patriotismo, de servicio a la comunidad, de rectitud, de modestia, de severidad y exigencia personales, de generosidad; virtudes que hacían desde aquella época de la gente de Monterrey la “gente más adulta de la República”, para emplear la expresión de don Alfonso Reyes.

Aprendió asimismo en el acontecer industrial que los riesgos y problemas disminuyen si las cosas se saben hacer; que los resultados se optimizan y el esfuerzo fructifica si la acción productiva o administrativa es presidida por el “saber hacer”.

Más tarde, ya estudiante en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, donde obtuvo el título de ingeniero civil, vio fundamentada la estricta conexión entre investigación y ciencia; entre ciencia y tecnología; entre éstas y desarrollo, y entre desarrollo, libertad y bienestar.

Cuando en 1917 regresó a Monterrey, encontró en la Cervecería Cuauhtémoc, a cuyo Departamento de Mercadotecnia ingresó, uno de los campos de acción más propicios no sólo para el empleo de su talento y de su saber, sino para la formación y manifestación de todas las virtudes que iban a definir su personalidad en el futuro inmediato.

Se iniciaba de esta manera una de las más brillantes trayectorias empresariales del México contemporáneo.

La Cervecería Cuauhtémoc había sido, en efecto, una industria pionera en el proceso de la industrialización de Monterrey. Fundada en 1890, muy pronto había obtenido la consolidación de su operación y alcanzado el prestigio de sus productos fuera de las fronteras de nuestro país, al merecer tales productos los primeros premios en distintos concursos internacionales. El éxito de su operación la convirtió además en un vigoroso elemento activador, en uno de los ejes –sin duda el principal- en torno de los cuales giraba desde entonces el desarrollo de Monterrey.

Con el ingreso de don Eugenio y, poco más tarde, con el de su hermano don Roberto –graduado también en el Instituto Tecnológico de Massachusetts-, la sabiduría y la experiencia de los primeros dirigentes se vieron enriquecidas con el saber y el impulso innovador de los recién llegados, y la síntesis lograda entre experiencia y nuevos conocimientos, tradición e innovación, prudencia y osadía, aceleró la consolidación de las empresas, orientó y activó el proceso de integración industrial y reafirmó los principios que sostenían el sentido eminentemente social de la empresa.

Cuando la generación de fundadores rindió –en palabras de Salvador Novo- “su honorable jornada”, el relevo estaba listo. Don Eugenio asumió el mando con seguridad, tomó con mano firme las riendas de un número importante de empresas y se responsabilizó, con sentido verdaderamente social, del poder que éstas le conferían.

Durante más de treinta años ejerció don Eugenio Garza Sada el liderazgo empresarial y social de Monterrey. La medida de la fecundidad de su gestión es dada por la grandeza de la obra que dejó en los campos de la empresa, de la educación y de la asistencia social, y por el ejemplo que de él ha quedado en la memoria de la gente de Monterrey y de muchísimos mexicanos.

A quienes tuvimos la oportunidad de convivir con don Eugenio, de conocer su actitud vital, su filosofía de la empresa y su estilo de gobierno, nos asombraba ante todo su modestia, la firmeza de sus convicciones y la energía de su mando.

Pienso que su modestia era la manifestación externa de su humildad —el reconocimiento de la gratuidad de los dones, de los talentos recibidos, y la gratitud y responsabilidad por tales dones. La firmeza de convicciones, por su parte, no era sino el resultado de la autenticidad con que había asumido sus experiencias y conocimientos: su concepción del mundo y de la vida, de la persona humana, del orden social, de los fines del derecho, del gobierno y de las instituciones; igualmente, su concepción de la historia y de la política, todas ellas clarificando la concepción de la empresa como un conjunto de tareas orquestadas en función de un resultado económica y socialmente justificable. De ahí, los principios indeclinables de la dignidad del trabajo y del trabajador y el sentido social de la empresa y del capital. De ahí también la energía de mando, traducción de la necesidad ejecutiva, esto es de hacer realidad las determinaciones decididas.

Nacionalista en el mejor sentido de la palabra, don Eugenio, como sus antecesores, cifraba el bien de México en su desarrollo, pero éste le era impensable si daba la espalda a nuestras raíces constitutivas y no se subordinaba a los valores del hombre como persona. Desarrollo y cultura eran vistos por él como medios insuperables de promoción humana, ambos asequibles a través de la educación. Siempre consideró que es la educación la que hace al ciudadano política, económica y socialmente creador y productivo; la que da a éste el sentido y medida de sus libertades; la que crea en él la conciencia de responsabilidad social, engendra su espíritu de solidaridad, abre su corazón a la tolerancia y a la comprensión que fundan, con la justicia y el bienestar, la paz y el orden sociales; la que hace posible la verdadera democracia y la que garantiza a los países su independencia y su grandeza.

La solidez de sus convicciones y lo enérgico de su mando hacían aparecer de primeras a don Eugenio como autoritario e intransigente. Nada, sin embargo, más alejado de la realidad: sabía oír y valorar, abrirse a razones; pero, una vez ilustrado su conocimiento, asumía la responsabilidad de la decisión por entero. Sabía disculpar el error,

pero era intolerante con la negligencia, la ignorancia voluntaria, la mentira, la demagogia, la mala fe y las intenciones aviesas.

Tuvo como virtud fundamental la prudencia política, es decir el gobierno conforme a la rectitud de la razón; valoraba, por ello, la bondad y eficacia de los medios para alcanzar los fines. Fue valiente sin llegar a la temeridad que ignora la medida del riesgo.

Generoso con su tiempo, con su esfuerzo, con sus recursos, jamás se perdonó don Eugenio molestia ni trabajo si se trataba del bien de la comunidad.

Me asiste la certidumbre de que cada día se verá con mayor claridad en todo México hasta qué punto la historia del desarrollo de nuestro país en las últimas décadas estuvo vinculada al pensamiento y a la acción de don Eugenio y con qué plenitud su inagotable energía y generosidad supieron responder a las exigencias del papel histórico que le tocó desempeñar.

Justas y hermosas me parecen las palabras de Ricardo Margáin Zozaya para cerrar este artículo:

“La vida, obra y ejemplo de don Eugenio Garza Sada representan un testimonio actuante para las futuras generaciones y forman ya parte integrante del patrimonio moral de nuestra patria”.

Alfonso Rubio y Rubio